

Reseñas

C. Bledsoe, S. Lerner y J. Guyer (eds.), *Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline*, Oxford, Oxford University Press/IUSSP International Studies in Demography, 2000*

Simon Szreter**

Esta importante compilación incluye contribuciones de alta calidad que marcan la tardía emergencia del reconocimiento, por parte de la demografía, del varón como una problemática de significación y complejidad equivalente a la de la mujer en lo referente a la reproducción humana. Como suele ocurrir en las disciplinas muy vinculadas con las prioridades de la política contemporánea, este nuevo compromiso intelectual perpetúa el descubrimiento que se hiciera en la década de los noventa (tanto en el contexto del “primer mundo” de la ideología neoliberal del “yo primero”, como en el contexto de ajuste estructural y sida del “tercer mundo”) de que “indudablemente la principal interrogante sobre la fecundidad masculina en la agenda internacional es la creciente preocupación acerca de las percepciones sobre un desentendimiento masivo de los varones en relación con las responsabilidades paternas” (introducción de los editores, p. 3)

En aparente contradicción con esta preocupación política de los científicos sociales de Occidente, la mayoría de las contribuciones etnográficas de este volumen, logra de manera exitosa mostrarnos en qué grado la construcción social de la paternidad en comunidades de varios estados del África Subsahariana como Bostuana, Nigeria o Ghana, así como en Egipto y Papúa Guinea, involucra una red de obligaciones y responsabilidades sumamente compleja. Es innegable que en estas sociedades los ancianos varones están en una posición privilegiada de autoridad y poder. Sin embargo, lo que resulta especialmente sorprendente para quienes están acostumbrados a asociar el término “patriarca” con la imagen de un ejercicio arbitrario y degradante de autoridad masculina (como se denuncia en el texto clásico de John

* Traducción de la reseña que será publicada por la revista *Population and Development Review*.

** Catedrático Universitario en Historia Social y Económica Moderna, miembro del St. John's College, Cambridge e investigador ESRC. Correo electrónico: SRSS@joh.cam.ac.uk

Stuart Mili, *El sometimiento de la mujer*, 1869), es la atención que estos hombres prodigan a todos los miembros de su familia cuando éstos realizan su labor correctamente. De hecho, existe una competencia positiva entre los varones para proporcionar tales cuidados, lo cual forma parte de una dialéctica perenne y más amplia de cooperación y competencia masculinas.

Se trata de prácticas de la paternidad y de formas de comprensión del patriarcado que aparentemente no podrían ser más diferentes del cálculo desmesurado del racionalismo que se presume es aplicable a las estrategias de los modernos varones estadounidenses al decidir si asumen o no la responsabilidad de embarazos premaritales, como plantean Akerloff *et al*, en su relevante análisis publicado en *Quarterly Journal of Economics* en 1966. Jane Guyer ironiza elegantemente sobre este hecho en su excelente revisión historiográfica sobre el concepto de paternidad:

Nos enfrentamos a un extraño giro de 180 grados de la antropología del siglo XIX. En esa época se consideraba que en la llamada “sociedad primitiva” la paternidad era muy limitada; su pleno florecimiento como institución moral era un logro de la “civilización”. Ahora reconocemos el minimalismo de la paternidad en la “sociedad moderna” de fines del siglo XX, y su mayor amplitud y flexibilidad en culturas que conservan al menos en parte una definición religiosa del ciclo vital (p. 83).

Un síntoma de lo anterior es el intrigante desequilibrio geográfico de las metodologías aplicadas, incluso en esta compilación. Hay capítulos etnográficos acerca de varias sociedades africanas y de Papúa Nueva Guinea, así como capítulos históricos sobre los mayas precolumbinos y la nobleza Qing de China, que nos proporcionan valiosas perspectivas acerca de la variedad de significados que adquiere la paternidad para los actores individuales en estas comunidades. Muchos de ellos despliegan magníficamente la perspectiva general del análisis del curso de la vida para otorgarle sentido a un fenómeno –la fecundidad masculina– cuya duración persiste en muchas de estas culturas a lo largo de las diferentes fases de la vida de los varones. Además, muchas de estas vidas frecuentemente están caracterizadas por divergencias de poder y autoridad mayores que las que presenta la mayoría de los cursos de vida de las mujeres. Se pueden hacer comparaciones enriquecedoras entre los diferentes capítulos que llevan a plantear preguntas y a profundizar en sus hallazgos. Por ejemplo, James Lee y Wang Feng, en concordancia con Malthus, exponen la atrevida tesis

revisionista de que la fecundidad marital era mucho más baja a principios de la época moderna en China que en Occidente, al menos entre los extensos rangos de la nobleza Qing. En este ingenioso análisis de la fecundidad, la explicación que dan de la poligamia china es que ésta es producto de la indulgencia hacia la pasión varonil, más que de la maximización de los herederos varones. Pero los estudios de Orabaton y de Blan y Gage sobre África Subsahariana nos recuerdan que podía haber más de un motivo para que los hombres practicaran la poligamia, ya que muchos patriarcas maduros adquirirían esposas adicionales para “dividir y controlar” a las mujeres que habían llegado a ser demasiado poderosas, ya que el estatus de las esposas se elevaba junto con su fecundidad. Independientemente de cualquier interés masculino por tener varios herederos, una de las razones por las que la fecundidad masculina es mayor en las sociedades polígamas que en las monógamas (aunque la fecundidad femenina suele ser más baja) es que existe una “competencia” entre las esposas para engendrar hijos, especialmente varones (p. 169).

En contraste, los capítulos que analizan a los varones y la fecundidad en Occidente, aquí representados principalmente por estudios de la postguerra en Alemania, Francia, España, Estados Unidos y Reino Unido, se basan en una ciencia social más cuantitativa y en una metodología centrada en técnicas de cuestionarios, encuestas y estadísticas. Esto arroja patrones descriptivos de comportamiento grupal de los que se pueden obtener inferencias especulativas sobre los motivos y las intenciones; no obstante, es una metodología que no nos puede ofrecer acceso directo a los propios contextos de los agentes, ni comprensión acerca de los cambiantes significados de la paternidad en estas “comunidades modernas” más básicas. Sin embargo, esta metodología todavía puede ser capaz de producir una gran variedad de nuevas perspectivas, tales como el interesante hecho de que, con una anticoncepción femenina altamente eficiente como norma en Occidente, la posibilidad y temporalidad de iniciar la paternidad es ahora una decisión principalmente de la mujer. Más aun, debido a que la custodia tutelar de los hijos generalmente se le concede a la mujer (una novedad histórica en Occidente), para los hombres “en contraste con las mujeres, [y con] el crecimiento de la paternidad individual[...] en la mayor parte de los casos, un matrimonio intacto es necesario para permitirles desempeñarse activamente como padres” (p. 332).

La misma Caroline Bledsoe ha evidenciado con anterioridad el valor de la mirada antropológica en casa, elaborando impresionantes

perspectivas al “exotizar” las presuntas normas demográficas occidentales. Este volumen ha demostrado claramente que una prioridad de investigación urgente es la realización de estudios cualitativos en profundidad que den cuenta de las construcciones sociales de la paternidad formadas históricamente en Occidente. Los supuestos estereotipos inevitablemente se vuelven simplificaciones erróneas. Orobato concluye, a partir de entrevistas a doctores nigerianos, que la “preocupación por la presión ejercida por sus compañeros es un tema constante a lo largo de la vida sexual masculina” (p. 228); mientras que Anarfi y Fayorsey demuestran la importancia de organizaciones femeninas fuertes para las mujeres que quieren entrar a Ghana (donde mujeres y hombres casados viven en casas separadas), pero seguramente hay fuertes elementos en ambas observaciones que son también verdades en la actual sociedad occidental. Esto se debe en parte a la dificultad práctica que muchos individuos experimentan al tratar de armonizar el conjunto de los distintos imperativos del amor romántico individualista; la relación conyugal en la que imperen la confianza y el compañerismo, el ser buen padre, el “exitoso” productor y consumidor, imperativos que conjuntamente constituyen los guiones dominantes para el curso de la vida, la fecundidad y la sexualidad en nuestras antropológicamente extraordinarias sociedades “modernas” y “racionales”.

El volumen también contiene, como debe ser, material de entretenimiento, serio y ameno, sobre las creencias sexuales y la plasticidad de las prácticas y las flaquezas humanas. Los mayas combinaban bella poesía sobre el tema y una visión espiritual sobre la función del placer sexual como un consuelo proporcionado por los dioses, junto con la definitivamente extraña noción de que ¡el dolor de muelas después de la relación sexual significaba una fecundación con éxito! Blanc y Gage especulan sobre si la poligamia en África refleja en parte el fenómeno de una segunda etapa culminante de intensidad sexual masculina a los 40 años de edad. Éste podría ser un pensamiento optimista en vista de la demanda universal de pociones afrodisiacas y para aumentar la virilidad por parte de hombres maduros (mi favorita es el polvo hecho de pene de mapache que usaban los mayas para ese propósito; además para que surtiera efecto, el mapache debía ser *!cazado in flagrante!*). Regresando al tema anterior, las investigadoras observaron que la poligamia en el continente más pobre del mundo es hoy día una práctica que tiende a disminuir porque aunque “históricamente la poligamia era un medio de adquirir riqueza, en la socie-

dad contemporánea la riqueza es una condición necesaria para que se dé la poligamia, puesto que el varón debe cumplir cabalmente sus obligaciones hacia múltiples esposas e hijos” (Blanc y Gage, p. 178). Supongo que este es un ejemplo del crecimiento económico mundial que genera progreso y civilización, tal como los antropólogos evolucionistas del siglo XIX lo hubiesen considerado.

En resumen, este volumen debería ser lectura obligatoria para todos los demógrafos. La fecundidad masculina es un enorme reto para la demografía, cuya importancia puede ser medida a partir de la conclusión de Nicholas Townsend en su sobresaliente capítulo final sobre Botsuana, donde manifiesta que “las varias relaciones que tienen los hombres con miembros de generaciones subsecuentes influyen sobre la reproducción” (p. 361). Las implicaciones de esto para los métodos convencionales de evaluación de causalidad a través de los efectos del tiempo y de las cohortes son todo un reto, por decir lo menos. Al cuestionar una categoría fundamental, este volumen logra incluir temas nuevos en la agenda de investigación. Es un indicador de la necesidad de replantear en forma seria y crítica las categorías que deben ser incluidas dentro de la demografía si ésta desea permanecer como una ciencia social vital y relevante durante el siglo XXI.